

DE TODAS PARTES

Redacción y Administración: Plaza de Tetuán, 26.-Barcelona



... tras una breve y violenta lucha...

Precio: **10** céntimos

Núm. **9**

DE TODAS PARTES

ESPAÑA Y PORTUGAL

Un año. 5 ptas.
Un semestre. 2'75

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AVENTURAS, VIAJES Y NOVELAS

EXTRANJERO

Un año. 10 ptas.
Un semestre. 5'50

Año I

Barcelona, 6 de julio de 1907

Núm. 9

Nuestra cubierta

Desde que el célebre abogado Rosendo del Arco, tuvo la desgracia de perder, en el intervalo de ocho días, la esposa que adoraba y su hija Hortensia, renunció á todo, abandonó el foro, cerró su bufete y solo, acompañado de un antiguo criado fué á encerrarse en una casa aislada, á diez kilómetros de Huesca, en medio de un paisaje sombrío, desolado, triste como triste estaba su corazón.

En aquel sitio su única distracción era hacer todo el bien que podía á los pobres habitantes que más ó menos distantes, había en aquella comarca.

Un día, al regresar á su casa, tropezó en el camino con el cuerpo de un hombre que se hallaba tendido é inmóvil, cerca de la cuneta de la carretera.

Lo destrozado de su traje contrastaba con la finura de sus manos y ese aire especial de la persona que ha recibido una educación distinguida.

Rosendo se detuvo, le reconoció, comprendió que todavía quedaba un resto de vida en aquel cuerpo, y cogiéndole en sus brazos, le condujo á su casa.

Aquel hombre era Carlos Benítez, hijo de distinguida familia, que entre el juego y las mujeres había destruido su patrimonio y rodando por la pendiente del vicio, había llegado hasta el último escalón de él.

Rosendo le acogió como á un hermano enfermo del alma, y emprendió su curación.

Carlos, agradeció al principio aquellos cuidados, pero como el germen del mal estaba latente, á poco volvió á reproducirse, y un proyecto infame se ocurrió á su mente.

Necesitaba la fortuna de su bienhechor.

Largo tiempo estuvo meditando su proyecto y al cabo de tres años de permanencia al lado de Rosendo, un día, le anunció que estaba resuelto á marchar á América para emprender una vida de trabajo, á fin de regenerarse por medio de él.

Rosendo le facilitó algunos fondos.

Pero Carlos, necesitaba, no la parte, sino todo.

La víspera de su marcha, el criado de Rosendo tuvo que ir á Huesca para hacer unas compras.

Cuando él regresara, ya Carlos debía haber partido para alcanzar el tren que había de conducirlo á Barcelona.

Aquella noche debía morir Rosendo.

Carlos sabía donde guardaba éste su dinero y á las altas horas de la noche, penetró en la estancia de su bienhechor y aprovechándose de su sueño, tras una breve y violenta lucha, le estranguló.

Lleno de arañazos en las manos y en el rostro, se lavó precipitadamente, cogió el dinero y partió para Huesca donde tomó el tren.

El criado, regresó á su casa y al ver aquel espectáculo, no vaciló en acusar de la muerte de su señor, á Carlos.

Puesta la autoridad sobre aquella pista, consiguieron detenerle en Barcelona cuando iba á embarcar para América.

Los arañazos de las manos y de la cara fueron señales delatorias de su crimen, pues en las ropas de la cama de su víctima se encontraron manchas de sangre, y la procedencia del dinero que se le encontró, no supo justificarlo.

Por fin, convicto y confeso, pagó con la vida la infamia cometida.

Una calumnia

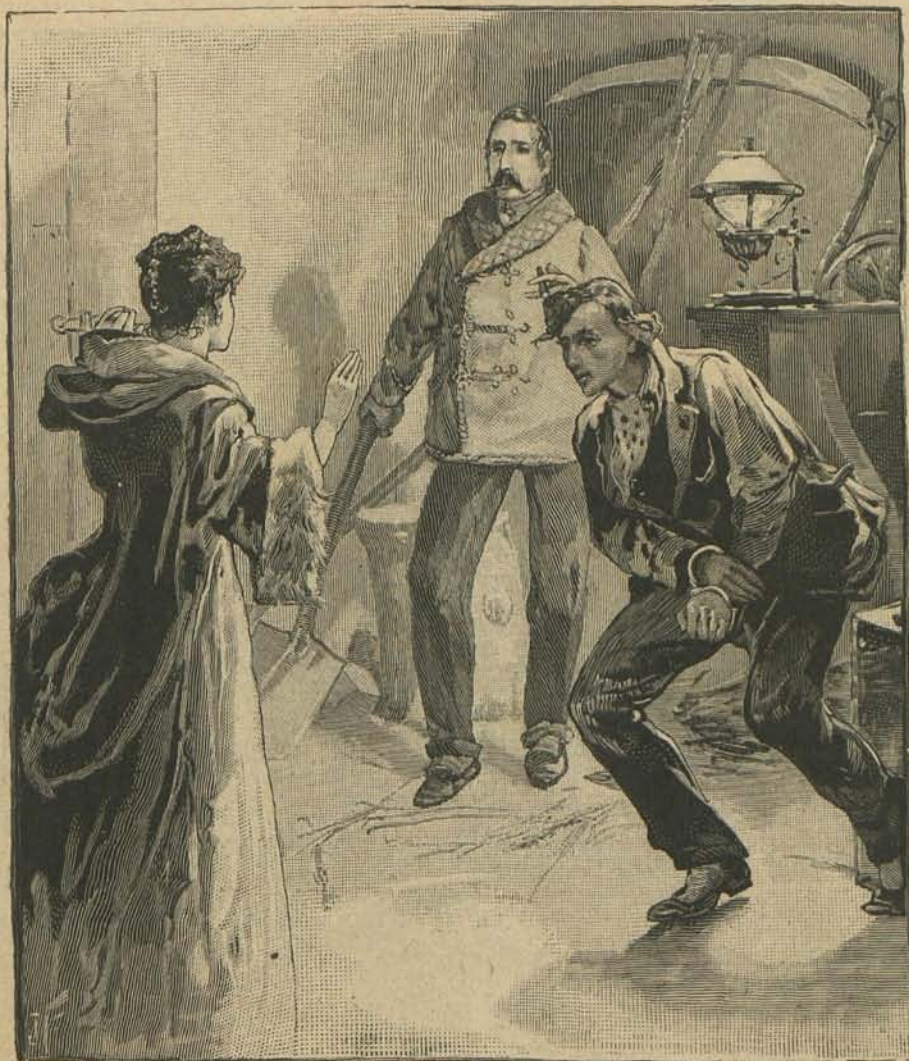
Se trataba de un gran descubrimiento llamado á realizar una revolución en la cuestión de las armas de fuego.

El famoso ingeniero Amadeo Dufresne, concibió la idea, y su yerno Jacobo y su discípulo Ernesto eran los únicos que le conocían.

naciones habían hecho ya proposiciones á Dufresne para que se lo cediera.

La composición de aquel nuevo agente de destrucción, se verificaba en los subterráneos de un edificio aislado en las inmediaciones de París.

Acababan de hacerse las últimas pruebas por Dufresne y su hijo político, cuando de repente recibió el gobierno una delación, en la cual se acusaba á Jacobo de haber vendido á Inglaterra



[Mejor dicho, el que poseía todos los detalles, porque también era ingeniero y había contribuido al descubrimiento, era Jacobo.

[Ernesto, astuto, disimulado y ambicioso, no le conocía en absoluto, pero sí lo bastante para poder realizar la infamia que meditaba.

[El gobierno francés, conocedor del proyecto, le prestaba su ayuda y había exigido el mayor secreto, con más motivo sabiendo que otras

aquel secreto, y que ya estaban haciéndose trabajos para su aplicación.

El ministro comunicó inmediatamente la noticia á Dufresne con la orden para la detención de su yerno.

En el mismo subterráneo donde estaban trabajando, quedó Jacobo detenido, á pesar de sus protestas de inocencia, que ni aun su mismo suegro quería creer.

Pero Amelia, su hija, y esposa de Jacobo, en el momento que lo supo, exclamó:

—No. Mi esposo es inocente. Hay otro culpable y es necesario buscarle.

Y marchó á París, y habló con el ministro y trató de infundir en su ánimo la convicción que ella tenía de la inculpabilidad de su marido.

Pero el ministro permaneció inexorable. Jacobo debía ser trasladado á París inmediatamente

Solos los dos esposos en su estancia, Amelia preguntó á su marido si él había, en el seno de la confianza, dicho alguna palabra que hubiera podido dar luz sobre su descubrimiento.

Jacobo estaba seguro de no haber cometido semejante imprudencia.

—Ya tú ves,—decía,—ni aun á Ernesto, con quien tanto afecto me une, le he dicho la clave del descubrimiento.



para sujetarle á la acción de los tribunales.

Desesperada la joven esposa, volvió á la fábrica donde su padre, guardador de Jacobo, la recibió duramente.

Pero Dufresne amaba á su hija con delirio, y de tal modo la hija supo defender á su marido y proclamar su inocencia, que, finalmente, el padre consintió en que su yerno se escapara, y momentos después estaban, los dos jóvenes, ya fuera del subterráneo.

—¿Y dónde está Ernesto?—preguntó de repente Amelia.

—Marchó hace diez días á Burdeos, porque su padre estaba muy enfermo.

Amelia frunció el entrecejo, pero no dijo nada más.

El matrimonio continuó hablando, esperando la hora en que debía salir el tren para Bélgica, cuando de pronto llegó á sus oídos un rumor que les sorprendió.

Un momento después, entró la camarera de Amelia diciendo que había llegado á la casa, dirigiéndose al subterráneo, un comisario de policía y los gendarmes.

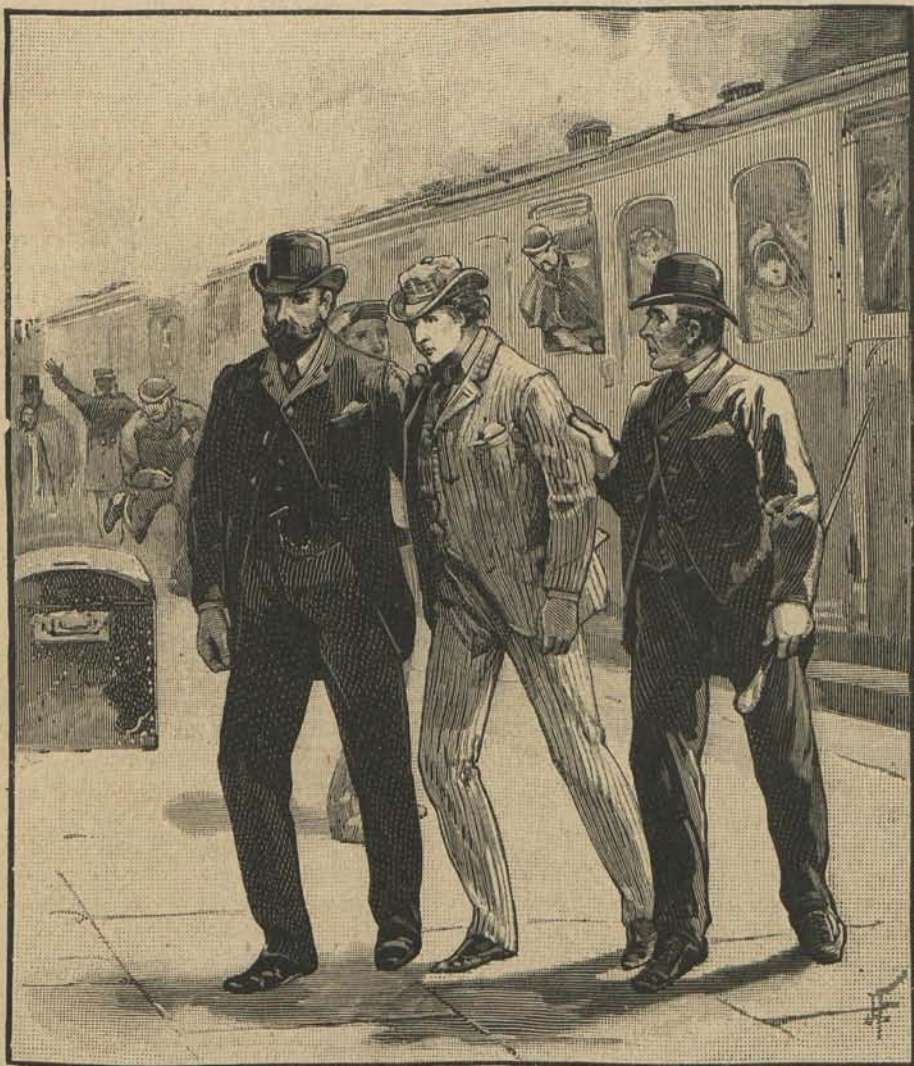
Jacobo quiso presentarse y ponerse en manos de la justicia, pero su esposa se opuso, y finalmente pudo conseguir que se escapara.

—Yo te salvaré,—le dijo Amelia, al separarse de él.

Conducido á París, y sabedora Amelia de su prisión, se propuso descubrir al culpable y lo consiguió.

Había sospechado de Ernesto, y mientras la policía se lanzaba tras diversas pistas, ella siguió la que sospechara y le dió el resultado apetecido.

Ernesto había vendido el secreto, y para que de él no se sospechara, acusó á Jacobo.



Jacobo consiguió coger el tren, que salía para Bélgica aquella noche, y ya se consideraba libre, cuando al llegar á una estación, dos agentes de policía fueron recorriendo los wagones hasta dar con el en que iba Jacobo.

Intimáronle que se entregara, y bajó al andén sujeto por los dos polizontes.

El telégrafo había corrido más que el tren, y las señas de Jacobo comunicadas á todas partes contribuyeron á su captura.

Pero como no conocía la clave del secreto, el gobierno que le compró nada pudo hacer y llovieron sobre el desdichado toda clase de convenciones.

En su casa se encontraron, entre la correspondencia, datos muy abrumadores de su infamia.

Entonces se vió que Jacobo era inocente, debiéndose este descubrimiento al cariño y á la confianza de su esposa.

Cacería nocturna

A un compañero mío ocurrióle la idea de organizar una excursión que, al parecer prometía mucho recreo: una cacería nocturna, y aprobé la idea, porque me pareció que la diversión sería muy especial por lo rara.

Apenas estuvimos fuera de las inmediaciones de la estación militar, encendiósse el combustible puesto en una sartén que se colocó en la proa y que iluminaba perfectamente cuanto había á nuestro alrededor, en particular las orillas, reflejando su rojo resplandor en las aguas, mientras nosotros quedábamos invisibles en la oscuridad, gracias á la corteza de abedul que pusimos delante.

Cuando hubimos recorrido cierta distancia, entregué el remo á Ricardo, que se encargó de manejarlo y mantener el fuego encendido, mientras que yo, con la carabina preparada, ocupábame en examinar ambas orillas.

—¡Allá, allá!—murmuró mi compañero, interrumpiendo mi meditación.

Y en medio de la oscura sombra que proyectaba la corteza del abedul vi uno de sus brazos extendido y señalando la orilla derecha.

Mi vista siguió la dirección indicada, y fijóse pronto en dos pequeños objetos, que en el fondo sombrío del follaje parecían puntos brillantes y luminosos; eran de forma redondeada, y estaban muy cercanos uno de otro, por lo cual reconocí al punto que serían los ojos de algún animal. Creyendo que era un ciervo, apunté el objeto.

La detonación no fué bastante ruidosa para dominar los rumores que llegaban desde la orilla, y pude oír un roce entre el follaje, percibiendo después el ruido que produce un cuerpo pesado al caer en el agua.

Ricardo remó entonces en dirección á la orilla; nuestra luz brillaba como siempre, y gracias á esto vimos á su resplandor un magnífico gamo que había caído muerto al río. Ya iba á ser arrastrado por la corriente, cuando de pronto Ricardo lo impidió cogiéndole por los mogotes, hecho lo cual depositólo en el fondo de la canoa.

En aquel momento oímos un ruido que nos inquietó: era el rumor del agua que cae.

El primer impulso de mi compañero, al percibirlo, fué detener la marcha de la canoa, lo cual consiguió á los pocos segundos; pero, al mismo tiempo, nuestra luz nos permitió ver que el río formaba allí un brusco recodo, producido por una cascada. Esta última no podía estar en nuestra corriente, sino en algún tributario próximo, y de consiguiente, Ricardo dejó que la canoa flotase una vez más con la corriente.

Véamos la cascada, á corta distancia, á través del ramaje, y al pasar cerca de ella, nuestra luz se reflejó en sus aguas como en una brillante hoja metálica.

Apenas habíamos pasado este punto, cuando me llamaron otra vez la atención dos puntos fulgurantes entre algunos matorrales bajos que crecían en la orilla izquierda del río. No me quedó duda de que eran los ojos de algún animal; pero érame imposible adivinar de qué especie, si bien estaba seguro de que no eran de ciervo.

Apunté detenidamente é hice fuego; pero en el mismo instante oí la voz de mi compañero que me recomendaba que no tirara. Mucho me extrañó la advertencia; pero llegaba demasiado tarde y no había remedio.

Lo primero que hice fué mirar la orilla para ver qué efecto había producido el tiro; más con gran sorpresa observé que los ojos seguían brillando más aun que antes, como si los animase la cólera.

Al volver la cabeza para pedir á Ricardo la explicación, percibí un nuevo sonido, y entonces lo comprendí todo y me alarmé de veras.

Lo que acabábamos de oír era un mugido ronco y amenazador, por el cual reconocí desde luego al oso gris.

De todos los animales de América, esta especie de oso es la más temida. Armado ó desarmado, es sumamente peligroso para el hombre hacerle frente, y hasta los más intrépidos cazadores procuran evitar el encuentro. Por esto me había advertido mi compañero que no tirase.

Yo pensaba haber errado el tiro; más no era así: la bala, hiriendo ligeramente á la terrible fiera, había excitado su furor, y muy pronto percibióse un crujido en el matorral y el rumor de un cuerpo que cae al agua.

—¡Cielos!—exclamó Ricardo, muy inquieto, mientras remaba con toda la fuerza posible.—¡El oso nos perseguirá: no me cabe la menor duda!

No tardé en ver que el oso iba, efectivamente, en nuestro seguimiento tanto más cuanto que al caer en el río llegó á tocar casi con el hocico el costado de nuestra canoa. Sin embargo, algunos golpes de remo nos alejaron bastante, y un momento después nos deslizábamos rápidamente, aunque siempre perseguidos por el furioso animal, que de vez en cuando mugía sordamente.

Mi compañero remaba con toda la energía de la desesperación, y yo le ayudaba en cuanto me era posible con la culata de mi carabina, que ya no había vuelto á cargar en nuestro apresuramiento.

Nuestra inquietud por la persecución del oso,



por una parte, y por otra la cercanía de la cascada, nos impidió darnos cuenta del peligro hasta que estuvimos tocándole.

Un grito de terror de mi compañero pareció el eco del que yo mismo acababa de proferir. Los dos comprendíamos cuán crítica era nuestra situación, y sin decir una palabra hicimos un esfuerzo para detener la canoa.

Aunque la ligera embarcación bailaba sobre el agua y era volverla en sentido inverso, el animal no manifestaba intención de soltar, y, muy por el contrario, parecía elevarse cada vez más sobre la canoa.

La perspectiva era espantosa y nuestros pensamientos se confundían; más era preciso obrar al punto.

Por lo pronto, conseguí mantener á la fiera á cierta distancia de la canoa, asestándola repetidos golpes en el hocico, y mi compañero logró también acercar la canoa á la orilla; pero de pronto oyóse un crugido y Ricardo profirió un grito de terror.

Miré á mi alrededor para averiguar la causa y ví á mi compañero que tenía en la mano el mango del remo, mientras que la otra parte flotaba junto á la canoa en la superficie del agua.

La canoa se precipitó con la fuerza de una catapulta, ó, más bien, un proyectil; luego oímos un ruidoso golpe, como el que pudiera producirse al chocar contra una roca dura; una especie de lluvia nos inundó, y al cabo de un momento, con gran sorpresa nuestra é indecible alegría, nos encontramos aun vivos, sentados en la canoa, que flotaba suavemente en tranquilas aguas.

Estábamos del todo á oscuras, pues el com-



Con esto quedábamos del todo inutilizados. Ya no era posible dirigir la canoa: debíamos precipitarnos en la cascada forzosamente.

El oso parecía también algo inquieto; pues, en vez de esforzarse para entrar en la canoa, limitóse á cogerse con fuerza á la popa, alarmado, sin duda, por la inmediación de la cascada. El fuego ardía aun y quizás su resplandor fué el que amedrantó al oso. Esta última circunstancia, nos importaba muy poco, porque el peligro mayor se anteponía al menor.

Apenas habíamos hecho esta observación, comenzamos á caer.

bustible se había apagado; más aun en medio de las tinieblas vimos al oso nadando cerca de la canoa.

Un momento después, y con gran satisfacción nuestra, observamos que variaba de rumbo y se dirigía hacia la orilla, ensanchando la distancia entre él y nosotros con toda la celeridad posible.

El inesperado salto sobre la cascada enfrió, sin duda, su valor, ó, por lo menos, su hostilidad.

Ricardo y yo dirigimos la frágil embarcación, llena de agua, hacia la orilla opuesta, á la cual llegamos sirviéndonos de la carabina y de las manos como remos.



AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por ROBERTO LUIS STEVENSON

(CONTINUACIÓN)

Según mi cálculo, debían ser las doce y media de la noche poco más ó menos, y aunque el viento no soplabá en tierra, sentíase un frío intenso, tanto que no me atrevía á sentarme por temor de quedar allí helado.

Despojéme de mis zapatos y comencé á correr de un lado á otro, golpeándome el pecho para no perder el calor. No se percibía rumor alguno, ni siquiera el canto de un gallo ó el mugido de un animal: oíase solamente el sordo rumor de las aguas á lo lejos, que me recordaba mis peligros. En aquel lugar desierto causábame indecible temor andar por la orilla á semejante hora. Apenas empezó á despuntar el alba, me puse los zapatos y trepé á una colina, la más escabrosa que jamás viera, tanto que á cada instante perdía el pie entre grandes moles de granito ó debía saltar de una á otra. Cuando llegué á la cumbre era ya de día y no vi la menor señal del bergantín, que sin duda se había ido á pique. Tampoco se divisaba el bote en ninguna parte, ni vela alguna en el Océano, mientras que por la parte de tierra no había ninguna vivienda humana.

Temía pensar en cuál habría sido la suerte de mis compañeros, y entristeciame aquella soledad. Sin contar la molestia que me producía mi ropa húmeda, comenzaba á sentir en mi estómago el aguijón del hambre, y esto me indujo á seguir avanzando por la costa sur para ver si encontraba alguna casa donde pudiera calentarme un poco y tal vez obtener noticias de los náufragos. De todos modos confiaba en que el sol secaría mis ropas.

Al poco tiempo encontré á mi paso una especie de caleta que parecía prolongarse mucho tierra adentro, y como no tenía medios para cruzarla, fuéme preciso cambiar de dirección hasta llegar al fin de aquélla. El terreno era escabrosísimo, pues toda la parte de Earraid, así como la inmediata de Mull, está sembrada de guijarros y rocas de granito, entre las cuales crecen los brezos. Al principio la caleta se estrechaba, pero muy pronto observé con sorpresa que iba ensanchándose, hasta que al fin, al llegar á un espacio de terreno elevado, comprendí que me hallaba en un islote verdaderamente desierto.

En vez de brillar el sol, comenzó á llover, y

entonces mi situación llegó á ser más desesperada aún.

Durante largo rato estuve sufriendo el agua, que me helaba la sangre en las venas; y yo no sabía qué hacer, cuando de pronto me ocurrió que tal vez la caleta sería vadeable. Volví á la parte más estrecha, y á unas tres varas de la orilla del mar introdújeme en el agua. Si entonces no perecí, fué más bien por la gracia de Dios que por mi propia prudencia. No me mojé más porque esto no podía ser apenas; pero creí que iba á morir de frío.

No tardé en llegar de nuevo á la playa, donde me dejé caer sobre la arena, y en el colmo de la desesperación, comencé á llorar, perdiendo ya las esperanzas de salvarme.

Me horroriza de tal modo el recuerdo de las crueles horas que pasé en el islote, que no me detendré en más pormenores. Muchos náufragos arrojados á parajes desiertos llevaban consigo algunos útiles ó pudieron recoger en la playa objetos necesarios en su situación; pero yo no tenía más que dinero y el botón de plata de Alan, y por otra parte, no tenía práctica alguna de semejantes casos.

No ignoraba, sin embargo, que los mariscos constituyen un buen alimento; y entre las rocas de la isla encontré numerosas almejas, que al principio me costó mucho arrancar de su lecho.

Además encontré otra especie de conchas semejantes, y devoré un considerable número de unas y otras. Tanto me aguijoneaba el hambre, que me parecieren deliciosas, aunque me las comí crudas.

Tal vez no era aquella estación propia para semejante alimento, ó quizás no tendría éste las necesarias condiciones en aquella isla, pues apenas hube comido, comencé á sentir un malestar indecible, y durante largo rato permanecí poco menos que muerto. Sin embargo, como no tenía otra cosa con que alimentarme, volví á buscar más moluscos, y esta vez, sin hacerme tanto daño, devolvieronme un poco las fuerzas. No obstante, mientras permanecí en la isla comía como siempre con inquietud, ignorando lo que sobrevendría: tan pronto me sentaba bien el alimento como me producía náuseas, sin que yo pudiera reconocer qué era lo que me dañaba.

Todo el día llovió casi de continuo, de modo que la isla parecía un lago, sin que se encontrase un solo espacio seco. Llegada la noche, me coloqué entre dos moles de granito, con los pies en un charco de agua.

El segundo día crucé la isla en todas direcciones, y me convencí de que era igual en todas sus partes: sólo vi rocas y guijarros, y algunas aves, que yo no tenía medio de matar,



abundando sobre todo las gaviotas en prodigioso número.

El canalizo ó estrecho que separaba la isla de la tierra firme terminaba por el norte en una bahía, la cual prolongábase á su vez hasta el estrecho de Iona. En la inmediación de este puerto fué donde resolví permanecer hasta que Dios dispusiera de mí.

No me faltaban razones para elegir aquel lugar, porque encontré allí una especie de choza, semejante á una pocilga, donde los pescadores acostumbraban pasar la noche, sin duda, cuando iban á visitar aquellos parajes; pero como el techo se había hundido, aun hubiera estado allí peor que al abrigo de las rocas. En cambio los moluscos abundaban mucho, y esto era una condición esencial para subsistir. Por otra parte, no había podido acostumbrarme á la horrible soledad de la isla; y en el punto elegido por mí érame más fácil vigilar y ver si se presentaba por cualquier parte algún ser humano. Desde la falda de la colina que dominaba la bahía podía distinguir la antigua iglesia de Iona y los tejados de las casas; mientras que en la parte más baja del país veía humo por la mañana y por la noche.

Este humo me hacía pensar en el fuego, tanto más cuanto que estaba mojado y frío, y sobre todo en la compañía de seres humanos. Lo mismo me sucedía al ver las casas de Iona, y tal era mi desesperación y mi sufrimiento que creí volverme loco; pero no llegué á perder del todo las esperanzas, pues parecíame imposible que se me dejara morir en las costas de mi propio país, á la vista de una iglesia y cerca de las viviendas humanas. Sin embargo, transcurrió el segundo día, y aunque mientras hubo luz vigilé atentamente para ver si pasaba algún bote ú otra embarcación, no descubrí nada. Aun llovía, y á pesar de esto quedéme dormido, tan mojado como siempre, y con la garganta dolorida.

Carlos II dijo una vez que cualquier hombre podía permanecer más días al aire libre en el clima de Inglaterra que en ninguna otra parte. Pensábalo así tal vez porque tenía un palacio y buenas ropas para mudarse, y porque cuando hubo de huir de Worcester no fué tan mala su suerte como la mía en aquel mísero islote. Aunque era el rigor del verano, llovió más de veinticuatro horas seguidas, y el tiempo no aclaró hasta la tarde del tercer día, que fué de muchos incidentes para mí.

Por la mañana vi un magnífico ciervo, de enramadas astas, que en medio de la lluvia permaneció inmóvil en la parte más alta de la isla; mas, apenas observó que me movía, huyó al otro lado.

Supuse que habría cruzado á nado el estrecho,

pero no comprendí para qué habría ido aquel animal á Earraid.

Poco después, cuando me ocupaba en recoger moluscos, vi de improviso una guinea que cayó sobre una roca frente á mí, deslizándose después hasta el mar. Cuando los marineros me devolvieron mi dinero, habían guardado para sí no solamente una tercera parte de la suma, sino también la bolsa de cuero de mi padre; de modo que desde aquel día llevaba mi oro suelto en un bolsillo con un botón. Supuse que tendría aquél roto, é introduje la mano apresuradamente para cerciorarme; pero ya era tarde: había salido de la ensenada de la Reina con cincuenta libras, y en aquel momento no tenía ya más que dos y un chelín de plata.

Al poco tiempo encontré otra guinea y recogíla apresuradamente, de modo que tenía tres y la moneda de plata, lo cual podía servirme para un caso de apuro si salía de allí.

Por lo demás, mi estado era sumamente lastimoso: la ropa comenzaba á pudrirse, tenía los calcetines hechos pedazos, me dolía mucho la garganta, mis fuerzas disminuían por momentos, y el alimento diario me repugnaba ya de tal modo que sólo al verle experimentaba náuseas.

Sin embargo, aun debía venir algo peor.

Al NO. de Earraid hay una alta roca que yo tenía la costumbre de visitar porque la cima era plana y podía dominar bien desde ella el Océano. No solía permanecer allí mucho tiempo; pero iba y venía de continuo.

Apenas salió el sol, me situé en la cima de aquella roca para secarme, lo cual me consolaba mucho, infundiéndome la esperanza de salir pronto de aquella triste situación. Por el sur de mi observatorio, una parte de la isla sobresalía mucho, ocultándome una buena parte de Océano; de modo que podía un bote pasar muy cerca de mí sin que yo lo viera.

No obstante, de improviso divisé una pequeña barca con su vela, tripulada por dos pescadores, que sin duda se dirigían á Iona. Al punto comencé á gritar, y cayendo de rodillas, levanté las manos en ademán de pedirles socorro.

Hallábanse bastante cerca para oirme, pues yo podía distinguir hasta el color de su cabello; y era indudable que me observaban, porque gritaron en lengua gaélica y los vi reirse; pero el bote prosiguió su marcha en dirección á Iona.

No podía creer en semejante maldad y salté de roca en roca, gritando lastimosamente, aun después de hallarse los pescadores fuera del alcance de mi voz; mas al fin les perdí de vista. Entonces creí que mi corazón iba á romperse.

Hasta entonces no había llorado más que dos veces; pero en aquel momento fué tal mi desesperación que comencé á gritar como un loco. Si el deseo bastara para matar á los hombres, los tripulantes de la barca hubieran sucumbido al pie del islote.

Cuando se moderó un poco mi cólera, fuéme preciso tomar algún alimento; pero ciertamente habría sido mejor ayunar, porque los moluscos me envenenaron: experimenté fuertes dolores, estremecimientos convulsivos, y sentía un malestar indecible, como de persona atacada de una verdadera enfermedad.

Entonces pensé que era preferible la muerte, y hallábame dispuesto á perdonar á todos los hombres, incluso á mi tío y á los pescadores. Sin embargo, de pronto me reanimé: la noche se acercaba, y como mi ropa se había secado, pude conciliar al fin el sueño.

Apenas hube vuelto á mi roca, á donde iba siempre después de comer, divisé un bote que se dirigía hacia el islote.

Comencé á esperar y á temer sucesivamente, pensando que aquellos hombres, arrepentidos de su crueldad, volvían en mi auxilio; pero sufrí otro desengaño como el del día anterior. Desesperado, á la vez que poseído de la mayor irritación, volvíme de espaldas al mar, y dejé pasar un tiempo sin volver á mirarlo. El bote seguía avanzando hacia la isla, sentí latir mi corazón apresuradamente, y poco después ya no hubo para mí la menor duda: ¡iba directamente á Earraid!

Sin poder contenerme, comencé á saltar de roca en roca hasta donde era posible, y fué maravilla que no me rompiera los huesos, pues cuando me detuve mis piernas temblaban, mi boca estaba seca, y debí humedecerla con agua para poder gritar.

El bote se aproximaba cada vez más, y muy pronto reconocí que era el mismo de los dos pescadores sin más que fijarme en su cabello, pues en un individuo era amarillento y en otro negro. Esta vez iba con ellos otro hombre, que me pareció de una clase superior. Apenas se hubieron puesto al habla, bajaron lo vela, y el bote se detuvo. A pesar de mis súplicas no quisieron acercarse más, y estremecíme al ver que el hombre del cabello amarillento me miraba y se reía.

Después se puso en pie, y hablóme largo rato, moviendo la mano repetidas veces. Díjele que no entendía su lengua, y al oír esto enojóse mu-

cho al parecer, lo cual me hizo sospechar que aquel individuo pensaba hablar inglés. Entre las palabras que luego me dirigió pude comprender dos ó tres, y pensé que aquel hombre quería decir que se acercaría á recogerme cuando no hubiese marea. Manifestése así, é interrumpióme apenas hube comenzado á decírselo, gritando ruidosamente:

—¡Sí, sí! ¡Eso es!



Al punto comencé á gritar, y, cayendo de rodillas...

Terminado el diálogo, volví á recorrer el mismo camino al través de las rocas, y esta vez con mucha más agilidad que antes; de modo que al cabo de media hora llegué á las orillas del canalizo, donde encontré el bote que me puso en salvo, desembarcándome á poco en la tierra firme.

Cualquier muchacho que hubiera tenido algún conocimiento del mar y de la navegación no habría permanecido un solo día en aquel islote, que era sólo de los que llaman de marea y en los cuales se puede entrar y salir cada veinti-

cuatro horas con la mayor facilidad. Yo estaba observando siempre el movimiento de las aguas. Si solamente hubiera reflexionado un poco, en vez de lamentarme y renegar de mi suerte, habría comprendido el secreto, quedando muy pronto libre de mi prisión. Entonces no me extrañó que los pescadores no me entendieran, y maravillóme que, pensando en mi ignorancia, se tomaran la molestia de volver. Había sufrido hambre y frío en aquella isla durante cien horas, y á no ser por los pescadores, hubiera dejado allí mis huesos tontamente. De todos modos mi falta de reflexión me costaba muy cara, no sólo por mis pasados sufrimientos y porque apenas tenía ropa para cubrir ya mis carnes, sino porque me faltaban fuerzas para andar y me molestaban mucho las anginas.

XV

EN LA ISLA DE MULL

El Ross de Mull, donde entonces me hallaba, era un paraje tan escabroso como la isla que acababa de abandonar, lleno de rocas y guijarros. Tal vez habría senderos conocidos para la gente del país, pero debí guiarme por mi propio instinto.

Me dirigí como mejor pude hacia el punto en que había visto humo desde la isla, y a pesar de mi cansancio y de mi dificultad para andar, llegué al fin á la casita que yo divisaba á eso de las cinco ó las seis de la tarde. Era una especie de cabaña con techo de paja y césped, y construída toscamente con piedras. A la puerta había un hombre anciano, al parecer decente, que fumaba su pipa.

Aunque hablaba poco el inglés, dióme á entender que mis compañeros se habían salvado, y comido allí mismo al día siguiente del naufragio.

—¿Iba con ellos,—pregunté,—un hombre vestido de caballero?

El anciano contestó que antes de llegar los tripulantes del buque se presentó un individuo que vestía calzón corto y parecía, en efecto, un caballero.

—¿No llevaba un sombrero con plumas?—volví á preguntar.

El hombre contestó que el viajero iba con la cabeza descubierta.

Al principio pensé que Alan habría perdido su sombrero; mas acordándome después de la lluvia, juzgué que lo habría guardado debajo de su casacón para que no se mojase. La idea me hizo sonreír, no sólo porque se había salvado, sino porque me hizo reflexionar sobre su vanidad en el vestir.

—¡Calle!—exclamó de pronto el anciano, dándose una palmada en la frente.—Sin duda sois el joven del botón de plata.

—¡Sí, el mismo!—contesté con admiración.

—Pues bien,—dijo el anciano;—ese caballero me encargó os anunciara que iba á su país y que deberíais seguirle hasta allí por Torosay.

El buen hombre me preguntó después cómo lo había pasado y yo le referí mi historia. Cualquiera otro se hubiera reído; pero el anciano me escuchó con la mayor gravedad y expresión compasiva. Cuando terminé cogíome de la mano, me condujo al interior de su cabaña y me presentó á su mujer, quien me hizo sentar al punto, poniendo delante de mí un pedazo de pan de centeno y una tajada de carne fiambre. El anciano, por su parte, me preparó un vaso de ponche muy fuerte hecho con aguardiente del país; y cuando hube comido y bebido, apenas podía creer en mi buena suerte. Aunque en la cabaña había mucho humo y las paredes estaban agujereadas, á mí me pareció un palacio.

El ponche me hizo sudar mucho y dormir profundamente. El anciano y su esposa no quisieron despertarme, y era ya muy tarde cuando me puse en camino al día siguiente, fortalecido por el alimento y alegre por las buenas noticias. A pesar de mis instancias el anciano no quiso aceptar la más mínima retribución, y dióme un gorro viejo para cubrir mi cabeza. No dejé de agradecer el regalo; pero cuando estuve lejos de la casa me apresuré á lavarlo, porque tenía muchas manchas.

No sólo era tarde cuando emprendí la marcha, sino que me entretuve mucho en la contemplación de todo cuanto veía. Encontré bastante gente en míseros campos, cuyo cultivo, en mi concepto, apenas podía dar el producto necesario para la subsistencia de los que los trabajaban. Y como estaba prohibido desde la rebelión el traje usado en las tierras altas de Escocia, permitiéndose sólo el que visten los habitantes del país bajo, era singular la variedad en el atavío de unos y otros: algunos llevaban solamente un capote largo ó una especie de casacón y los calzones al hombro, como si fueran una cosa inútil; otros vestían una blusa corta de tejido muy ordinario, imitación del tartán; y no pocos usaban el característico *plaid* escocés, pero modificado de modo que formaba como un pantalón corto. Todas estas alteraciones estaban prohibidas por la ley, pero en aquella lejana localidad no se temían las denuncias.

Todos me parecieron sumamente pobres, y esto era muy natural, porque la rapiña estaba á la orden del día.

(Se continuará).

UN LECHO Y UN AJEDREZ

En Techina Patnam vivía un indio llamado Arzeb, que tenía gran fama por su virtud. Algunas veces se olvidaba de pasar las cuentas de su *puatah*, pero nunca dejaba de socorrer á un desgraciado.

Al hallarse en su lecho de muerte tuvo una debilidad: la de sentir dejar esta vida, aunque estuviese convencido de que le esperaba un buen sitio en el jardín Mandana, visitado diariamente por Indra, el Dios del firmamento.

Invocó á la diosa Sursutea, la segunda esposa de Visnú, y Sursutea se le apareció montada en su tigre favorito y con una rama de mango en la mano.

—¡Divina esposa del dios azul,—exclamó Arzeb,—concede una gracia al más ferviente adorador de las diez encarnaciones!

—¿Qué gracia?—preguntó la diosa.

—Prolonga mi vida diez años.

—¡Imposible, hijo mío!—dijo Sursutea.—Tus días están contados desde tu nacimiento: debes morir cuando el primer rayo del sol caiga sobre la pagoda de Williakarnia, y el alba ha comenzado ya á blanquear el firmamento.

—¡Concédeme siquiera diez días!

—dijo Arzeb juntando las manos.

—No puedo concederte más que un día,—dijo la diosa,—y aun eso porque no se trastornará el mundo por tan pequeña prórroga. Te concedo un día porque has sido prudente y bueno; pero cuando termine, acuérdate de que es preciso que te dispongas á sucumbir.

Y Sursutea desapareció.

Arzeb, que se sentía morir, reanimóse, se vistió, hizo sus abluciones y dijo:

—Comienza para mí una nueva vida: aprovechémonos de ella y no la prodiguemos.

Encontró á un brahmán que le dijo:

—Arzeb, si quieres escribir la historia de Oreng, el glorioso fundador del imperio Marata, te daré un campo de betel, una *chitiram* (quinta) con un bosque de palmeras y seis onzas de oro.

—La vida es corta,—repuso Arzeb;—no tengo tiempo de escribir historias. Déjame pasar.

Un guerrero que reclutaba soldados le dijo:

—Arzeb, nuestro victorioso emperador va á batirse con el reyezuelo de Elefrata: ¿quieres tomar el arco y el carcaj?

—¡Qué locura!—exclamó Arzeb.—¡Ir á matar

gentes que deben morir! No quiero servir de criado á la Muerte.

Un padre de familia que tenía nueve hijas de hermoso talle y de linda piel del más dorado bronce, dijo á Arzeb:

—Te doy mi hija menor, con dos elefantes de dote.

—No tengo tiempo de casarme,—repuso Arzeb.

—Es preciso que ore al dios azul. Y en cuanto á



tus dos elefantes, me estorbarían mucho: la carga de mi vida es ya bastante pesada para que

vaya á aumentarla con dos elefantes.

El padre de familia ofendido de tal negativa, puso el pulgar de su mano derecha sobre la punta de su nariz y agitó los otros cuatro dedos, lo cual, en la India, constituye un insulto sangriento.

—La vida es corta, no tengo tiempo de vengarme,—dijo Arzeb.

Un brahmán letrado dijo á Arzeb:

—Sabio Arzeb: los brahmanes de Techina Patnam te invitan á pasar quince días encerrado con ellos en la sala negra, para descubrir la causa de los eclipses y escribir un libro sobre el asunto.

Arzeb respondió:

—Los eclipses pueden tener la causa que quie-

ran: me es igual. No quiero encerrarme, pues
harto tiempo tendré de estar metido entre cua-
tro paredes cuando me muera. Déjame respirar

de tulipanes amarillos y no tardó en lamentar
el tiempo que había consagrado á la meditación.

—¡Gran Siva!—exclamó golpeándose la frente
sobre la raya blanca que distingue
á los sectarios de este dios. —¡Gran
Siva, que conociste la humanidad
al encarnarte en enano, dame una
buena inspiración sobre el empleo
de mi tiempo!

Arzeb se levantó y vió al otro
lado del río una deliciosa chatiram
con columnas de sándalo, en la
que resonaban las voces de siete
brahmanes que cantaban el com-
bate de Ravana y Rama, acompa-
ñándose del *ben*. Las jóvenes le
llamaron por su nombre y le hicie-
ron señas invitándole á cruzar el
río. Arzeb se dijo:

—Perdería mucho tiempo en la
travesía, y luego me vería obliga-
do á concluir mi vida con siete
brahmanes que prometen mu-
cho y no dan nada, ni aun cuando
dan, como todas las mujeres de
Techina Patnam.

Y Arzeb continuó rápidamente
su camino abandonando sin pesar
á las brahmanes.

Encontró luego á un *jemidor*
que le dijo:

—Si tienes hambre y sed, ven
allá abajo, á mi cabaña, ante la
cascada de Elora: comerás jamón
de oso de Labiata y beberás un
Wampi delicioso.

—¿Me tomas por loco?—dijo Arzeb. —¿Crees
que voy á perder el tiempo cargándome la ca-
beza y el estómago? Ahí tienes un pobre *beretje*
que pasa y tiene hambre: dale de comer y beber
en mi nombre, y toma esta onza de oro.

Dos bayaderas y un cantante ambulante, un
saradacaren, con su larga mandolina, al ver la
generosidad de Arzeb, se acercaron á él y le pi-
dieron una onza de oro, ofreciéndole bailar y
cantar el célebre idilio *Gurta Govindá*, sobre los
amores de Krisna, el Apolo indio, y de Rahdá.

Arzeb les dió la onza y dijo á las bayaderas
que los amores de Krisna habían fecundado la
India y que eran demasiado largos para ser es-
cuchados por un agonizante.

Al fin, Arzeb, advirtió que rehusando todo
cuanto se le ofrecía perdía mucho más tiempo
que aceptando algún placer; pero ante la pers-
pectiva de su próxima muerte, que dominaba
todas sus demás ideas, no sentía inclinación por
nada. Arzeb, en la segunda hora de su segunda
vida, se aburría mortalmente.



el aire de la montaña y ver el cielo azul del
celestial Indra.

—¡Pero serás ignorante toda tu vida!—repuso
el brahmán.

—Poco durará eso, — contestó Arzeb. — Yo
muero mañana; tú y los demás pasado mañana.

Arzeb había perdido un cuarto de hora en dar
todas las citadas respuestas y no se consolaba
de ello.

—¡Cuán precioso es el tiempo!—decía para sí.

—Cada instante es como una inestimable perla
que cae de mi mano al fondo del río Triplicam,
y no tengo ya muchas perlas que arrojar.

Y se encaminó precipitadamente á la llanura
de Tchultry, que se extiende desde el puente de
los Armenios, en el arrabal de Techina Patnam
hasta los templos subterráneos de Elora. Arzeb
corría como hombre impulsado por la idea de
algún negocio ó algún placer, pero no tenía idea
alguna: buscaba un medio de emplear las perlas
de su corta vida y no sabía á quien dárselas.

Sentóse, para meditar, entre dos matorrales

—¡Brahma!—exclamó con un prolongado bostezo.—¡Oh Brahma! ¡Qué larga y pesada es la vida! ¡Ya no me extraña que te encarnases tres veces para matar el tiempo!

Al lanzar esta exclamación había llegado ante el templo *Ten Toli*, que tiene dos pórticos y se cita como una maravilla entre las maravillas de Elora. Sentóse sobre la cola de un mono, á la sombra del buey Nady, esculpido todo de una pieza en una cantera de granito, y comió indolentemente y sin apetito algunas nueces de betel. Sus miradas dirigidas oblicuamente hacia el cielo, le revelaron una cosa triste: Arzeb tenía aun veinte horas que pasar sobre la tierra, antes de que le hiriese la frente el negro Yamá, el dios de los funerales. Entonces adoptó el recurso de las personas aburridas: tendióse horizontalmente en la arena y se durmió.

Arzeb tuvo un sueño magnífico. Creyó ver, ó, mejor dicho, vió á Rudra, el dios de la Muerte, que le abría la puerta azul del hermoso palacio llamado Kailasa, cuyos pórticos de pedrería conducen al jardín Mandana, lleno todo de bayaderas. Siva, el más poderoso de los dioses, decía:

—Arzeb, has sido justo y voy á recompensarte. Te nombro rey de las Maldivas: hay doce mil á la entrada del golfo Arábigo: todas tienen grutas de perlas y coral en cada gruta hay una reina tan bella como Lackmé, la diosa del placer. Esas doce mil reinas serán tus esposas y tendrás un harem flotante más hermoso que el del gran Sevadjy, el fundador del imperio Mahrata.

Arzeb, en su sueño, bajó del firmamento por una escalera de oro y añil, y cuando llegó á la región de las nubes descubrió su reino, parecido á doce mil conchas marinas, flotantes bajo penachos de palmeras. Al llegar á las Maldivas parecióle que el Océano le cantaba una sinfonía celestial dividiéndose doce mil veces en arroyuelos de azul vivo y alegre, que dibujaba los contornos de las islas. Con esa agilidad de movimientos que dan los sueños, Arzeb saltó ligeramente de una isla á otra, y á cada salto veía relucir, entre dos hojas de palmera, dos ojos negros, bajo ondulantes bucles de ébano y en un rostro dulce y dorado como en el de la bella Radhá. Los sueños, entre otros secretos miste-

riosos que les pertenecen, nos hacen perder el sentimiento de las horas, del tiempo y del espacio: así es que Arzeb, al despertarse, conservaba en sus recuerdos muchos años de dicha, pasados en medio de sus doce mil reinas, en el golfo Arábigo, sobre conchas de perlas, de ámbar y coral.

Sin embargo, Arzeb recobró pronto el sentimiento de su realidad miserable al volver á hallarse á la sombra del buey Nandy, ante el templo de Elora. Según sus cálculos astronómicos, había dormido ocho horas; y sin una maldita culebra que le había picado en el talón, hubiera prolongado algunos años aun su fantástica dicha en las islas Maldivas. Arzeb se dijo, suspirando:

—Aun tengo doce horas de vida, y juro por Puda-Cura que me embaraza mucho mi existencia. Tengo doce siglos ante mí, y, si no fuese un ferviente y buen sectario de Siva, iría á preci



pitarme de lo alto de ese *verandah*, contra esa roca, para librarme de la carga de las malditas doce horas que me abruman bajo su peso. ¡Si al menos pudiera volver á dormirme hasta el fin! Pero, ¡ay! cuando vuelva á sentir la necesidad



natural del sueño, habré muerto ya. Ahora comprendo el misterio de la vida! Tenemos placeres de un instante que pueden ser contestados, y aburrimientos y dolores incontestables. La mejor parte de nuestra vida es la del sueño. Si el dios azul, el celestial Indra, me concediese una tercera existencia, no la aceptaría más que á condición de dormir siempre.

Cuando acababa este monólogo, teniendo cuidado de prolongarlo pronunciando sílaba por sílaba, con afectada lentitud, para ganar algu-

asistes á los consejos de Indra y que has desar-
mado con una palabra la cólera de la serpiente
eterna, ¡enséñame el secreto de pasar diez horas
sin verse devorado por el hastío!

—¿Me pides la limosna de una distracción?—
dijo el bonzo.

—Te la pido do rodillas, estrella de Nagpur.

—Shegmadi, el glorioso arquitecto de los
templos de Elora, que ha sido colocado en el
rango de los dioses y que recorre el firmamento
azul sobre el carro del Duriah, aconsejó siempre
á los bonzos que hiciesen li-
mosna á los desgraciados,—dijo
Dhealy. —Voy á proporcionarte
diez horas de goce que darían
envidia á la casta Sita: consien-
to en jugar contigo cinco parti-
das de ajedrez.

Arzeb abrió extremadamente
los ojos, como hombre que teme
más el remedio que la enfer-
medad, y balbuceó algunas
palabras ininteligibles, que el
bonzo interpretó en el sentido
de la más profunda demostra-
ción de agradecimiento: la que
no encuentra palabras con que
formularse.

Arzeb era tal vez el único
indio de su tiempo que na cono-
cía el ajedrez; pero había olvi-
dado, en su sueño de las Maldi-
vas, que la diosa Sursutea, al
concederle un día suplementa-
rio de vida, le había otorgado
una ciencia universal que podía
aplicar á todo. Sólo al verse
ante el tablero, sintió Arzeb
nacer en sí la inteligencia de
un jugador de ajedrez y la
revelación espontánea de las
más altas combinaciones.

Un gemidar (criado) había
sacado el ajedrez del bonzo del
estuche de laca colgado al cue-

llo del elefante como una condecoración de
honor.

Era un ajedrez maravilloso: el mejor obrero
chino del Penjab había empleado siete años,
según se decía, en hacer aquella obra maestra
de marfil, nácar, perlas y ébano. El rey blanco
era la viva imagen del monarca á la sazón rei-
nante en Lahora, y que se llamaba Goala-Seng,
el león pastor, denominación emblemática, que
designaba el valor y la bondad personificados
en un mismo hombre. El rey negro daba á co-
nocer á todos los hijos del Celeste Imperio, su
venerando emperador, el magnánimo Fo-Hi, el



nos minutos sobre las eternas doce horas de su
proptna de existencia, vió pasar al bonzo de la
gran pagoda de Nagpur, que acababa de bajar
de un elefante para arrodillarse ante el templo
de Des-Avantara ó de las diez encarnaciones.

El bonzo de Nagpur se llamaba Dhealy; había
abandonado la rica capital del Bherar, con su
séquito de gemidares de ambos sexos, para visi-
tar la península de Bengala y vencer á los más
famosos jugadores de ajedrez del Indostán.

Arzeb se prosterna ante el bonzo Dhealy y le
dice:

—Rayo de la séptima cabeza de Siva: tú, que

monarca agricultor, que inventó dos arbustos y tres flores, en virtud de un maravilloso trabajo de poda y de injerto. Los diez y seis peones, de marfil y de ébano, estaban esculpidos con un gusto exquisito; sus ojuelos relucían como carbunclos; avanzaban un pie y apuntaban una flecha de nácar puesta en un arco de filigrana de oro.

El bonzo Dhealy había ganado aquel ajedrez en un partido con el nieto del gran Kosrú, y estaba orgulloso de él, como el templo de Nagpur lo está de su puerta de bronce, obra maestra del escultor El Manussi.

Los dos jugadores se sentaron sobre la arena, ante el bajo relieve que representa á Iriarie, el elefante favorito de Indra.

Apenas se habían jugado las primeras piezas, advirtió el bonzo que tenía que luchar con el más temible jugador del Asia; pero no desesperó de vencerle, haciéndole la proposición de interesar algo en el juego. En efecto: por lo general, los jugadores que comprometen parte de su fortuna cometen con frecuencia groseras faltas y pierden por exceso de timidez.

—Te juego toda mi fortuna,—dijo Arzeb sonriendo y con la mayor tranquilidad del mundo.

—¿Es poco? ¿Es mucho?—preguntó el bonzo.

—Un arrozal, una quinta junto al Triplicán, una casa en Techina-Patnam y un *kattamaran* (barco), que hace el viaje de Taragambur, la ciudad de las ondas del mar, la reina del Coromandel. En esta caja de sándalo están mis títulos de propiedad con todas las formalidades legales.

—¡Ten cuidado!—le dijo el bonzo.—¿No te reservas nada? Piensa que si pierdes te verás obligado á uncir los bueyes en el Tandigel, para vivir; piensa que serás más pobre que un beredje ó que un apaleador de arroz.

—Sol de Nagpur,—dijo Arzeb sonriendo,—he pensado en todo.

—Pues bien,—repliesó el bonzo;—yo juego contra tu fortuna algo más precioso para ti. Escucha: el arquitecto de los templos de Elora fué mordido por una serpiente, aquí, en este mismo sitio; el más ilustre de mis antepasados que servía al templo de Williakama acudió al grito del arquitecto, y picando sobre un guijarro siete hojas de tody, el árbol bienhechor, las aplicó á la mortal herida y la curó. Cuando el arquitecto fué dios, aparecióse á mi antepasado y le dijo:

«—He recibido de Siva la facultad de conceder, á ti y á tus descendientes, la gracia que me pidáis, una vez en vuestra vida, ya para vosotros, ya para los demás, aunque consista en trasladar al centro de la llanura de Tehultry esa cascada próxima, formada por una lágrima de la casta Sita.» Yo nada he pedido aun al glorioso arquitecto, pues me he mostrado avaro del favor que me reserva; pero lo juego á este partido.

—Acepto,—dijo Arzeb.—Continuemos la partida, que, por desgracia, la vida es corta.

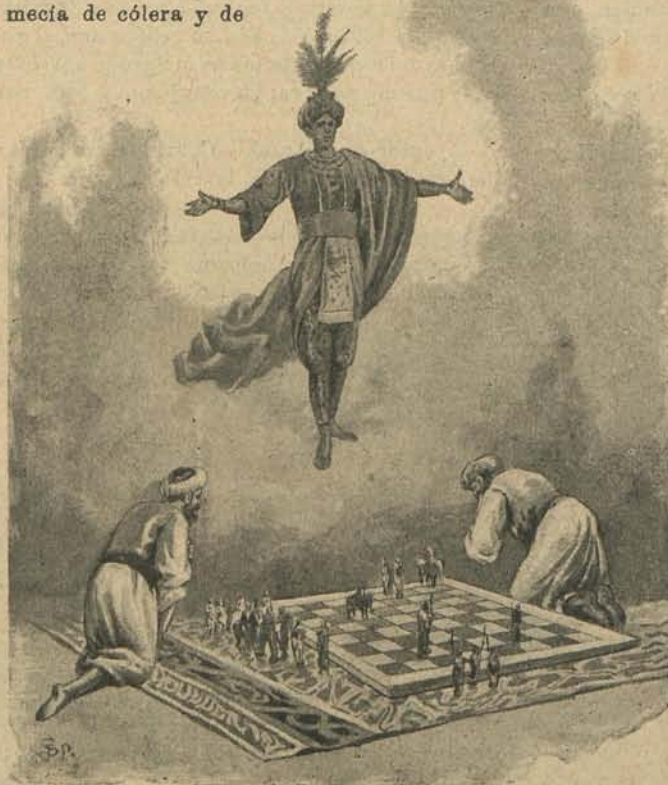
A estas palabras, el elefante Iriarte agitó su enorme testa y balanceó majestuosamente su trompa de granito sobre la cabeza del bonzo, recobrando en seguida su



eterna inmovilidad. Los criados se habían retirado aparte por respeto; de modo que ninguna mirada humana presenció aquel combate sin igual, cuyos únicos testigos fueron los dioses de la India. Arzeb, por la gracia de Sursutea, había sido iniciado de golpe en los misterios del juego. Su cabeza, caldeada por el sol de la India, se abrasó aun en el fuego de las combinaciones victoriosas que brotan en el cerebro y derraman la alegría en el corazón. A medida que hacía adelantar sus piezas de marfil, parecía que el tablero adquiría dimensiones colosales y que un soplo infernal ó divino animaba todas aquellas figuras, dándoles la altura y las

pasiones de los seres humanos que representan.

El bonzo, habituado á vencer á todos sus adversarios, el bonzo, que había dado *mate* hasta á su ilustre compañero de la pagoda de Djagrenat, se estremecía de cólera y de



sorpresa á cada una de sus derrotas, y á veces, poseído de santo respeto, pensaba que su maravilloso adversario era el mismo Visnú, transformado en jugador de ajedrez, por virtud de la undécima encarnación. Esta idea halagaba su

amor propio y le quitaba la tentación de romperse, desesperado, la cabeza contra la grapa del elefante de granito. Caía el sol en el golfo de Bengala, y la vida de Arzeb iba á extinguirse con el sol, en el momento en que un *mate* decisivo le dió la victoria.

El vencido bonzo oró á Siva, y el arquitecto dios bajó envuelto en su aureola de azul y oro.

—Bonzo Dhealy,—dijo el arquitecto.—¿Qué favor pides al dios azul?

El bonzo consultó á su vencedor Arzeb, que le dijo:

—Pide para mí, el favor de que permanezca todavía cincuenta años en esta tierra de delicias.

—Concedido,—dijo el arquitecto dios.

Y se remontó al cielo para volver á ocupar su sitio bajo las palmeras del jardín Mandana.

Arzeb sintió en el mismo instante que penetraba de nuevo la vida en su cuerpo, que una nueva sangre circulaba por sus venas, besó los pies del bonzo Dhealy y dirigió una acción de gracias al arquitecto y á Siva.

—¡Parece que te agrada mucho la vida!—dijo el bonzo.—¿En qué vas á emplear tu medio siglo?

—Dormiré para vivir soñando, y me despertaré para jugar al

ajedrez,—respondió Arzeb.

—Tienes razón,—dijo el bonzo,—creo que la vida no se ha hecho más que para eso. El hombre hastiado no necesita sino dos cosas: *un lecho y un ajedrez*.





CALVI.—LA CIUDAD VISTA DESDE EL PUERTO

LOGOGRIFO

Veinte cosas, por ahora,
hallo en mi *todo*, lector,
y casi seguramente
incurriré en omisión:
un gran establecimiento;
mueble en que me siento yo
y que usé con más frecuencia
en otro tiempo mejor:
una expresión andaluza;
la forma de un pantalón
que muchos y muchos años
hace ya que se estiló;
parte de cien animales;
un bicho que causa horror;
una población de Francia,
que peleó con tesón,
en la guerra del setenta,
contra el prusiano invasor;
lo que hablando, hacen las gentes,
cuando algo le gustó;
cosa que tiene, en el juego
del billar, aplicación.
Nombre de un autor dramático;
una infeliz que perdió
lo que más se necesita;

parte, si no la mejor,
muy necesaria del cuerpo;
otra que, por precisión,
poseen todas las aves;
gruesa tela, superior
para velas de los buques;
adverbio de negación
y, por final, dos artículos
y forma que tú y que yo
empleamos, contrayendo
pronombre y preposición.
Para acabar, te diré
que, mi *todo*, es un color
ó bien, no es color ninguno:
¿das ya con la solución?

La solución en el próximo número.

Solución á la charada del número anterior.—

Si no estoy equivocado,
el *todo* de la charada
quiere decir: COLORADO.

Redacción y Administración: Plaza de Tetuán, 26

Correspondencia: Apartado de Correos, 88



HISTORIA DE LA EUROPA MODERNA, por Alfredo Opisso.— Dos tomos en tela, 15 ptas.

BRAZO DE HIERRO, por Eduardo Blasco.— 30 cuadernos que forman 2 tomos, 5 ptas. Encuadernada, 19 ptas.

EL PRIMER AMOR, por Alvaro Carrillo.— 33 cuadernos que forman 2 tomos, 16'50 ptas. Encuadernada, 15'50 ptas.

GIL BLAS DE SANTILLANA, por M. Le Sage.— 15 cuadernos que forman 1 tomo, 7'50 ptas. Encuadernada, 10'50 ptas.

AMAR Y MORIR, por Alvaro Carrillo.— 25 cuadernos que forman 2 tomos, 12'50 ptas. Encuadernada, 15'50 ptas.

LA REVOLUCIÓN FRANCESA, por Alfredo Opisso.— Un tomo en tela, 7'50 ptas.

CUENTOS

ESCOGIDOS

POR

VARIOS AUTORES

Ilustrados con magníficos grabados.— Un tomo en tela, 5 ptas.

POR TODO MARRUECOS

POR

JULIÁN ÁLVAREZ DE SESTRÍ

Un tomo en tela, 7'50 ptas.

BIBLIOTECA ROSA

OBRAS PUBLICADAS

La comedianta, por Paul de Molènes.
Drama de amor, por F. Soulié.
Las ánimas del purgatorio, por Próspero Mérimée.
Pecados de la juventud, por V. Perceval.
Un drama sangriento (2 tomos), por L. Jacolliot.
La justiciera de sí misma, por Carlos Barbará.
Teresita (ilustrada), por Julio Ruiz Montero.
El capitán Burle, por Emilio Zola.
Las sendas de Dios, por B. Bjornson.
El monstruo, por Carlos Bodin.
Naida Micoulin, por Emilio Zola.
El sillón fatal, por Pedro Newsky.
Un crimen infame, por Enrique Murger.
Noche trágica, por E. Daudet.
Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.
La piel de león, por Carlos de Bernard.
El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.
La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.
El fin de Lucía Pellegrin, por Paul Alexis.
Santiago Damour, por Emilio Zola.
La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.
El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle-Adam.
Sin trabajo, por Emilio Zola.
Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molènes.
El maestro de escuela, por Federico Soulié.
La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.
La venganza de Koshah, por Reinaldo Trevelyan.
Diario de una mujer, por Octavio Feuillet.
Un sueño de amor, por Federico Soulié.
La mujer de cuarenta años, por Carlos Bernard.
La joven de los ojos de oro, por H. de Balzac.
La herencia de un cómico, por Ponson du Terrail.

BIBLIOTECA AZUL

OBRAS PUBLICADAS

El tesoro del pirata, por Roberto Luis Stevenson, con preciosos grabados.
El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.
Magdalena la Mendiga, por Luis Jacolliot.
Bajo un disfraz, por Jorge Smith.
El crimen del Molino de Usor, por Luis Jacolliot.
Orso, por Enrique Syenkiewicz.
El Hijo Maldito, por H. de Balzac.
Las lágrimas de Juana, por Arsenio Houssaye.
La necesidad del crimen, por Julio Perrin.
Una orgía de sangre, por A. Vigny.
Los caballeros de la Cruz, por Enrique Syenkiewicz.
El secreto terrible, por Adolfo Belot.
Solos, por Pedro Zaccane.
La Salamandra, por Eugenio Sné.
El crimen de Juan Malory, por Ernesto Daudet.
La reina Mab, por Guillermo Holiday.
El novio de la señorita Saint-Maur, por Victor Cherbuliez.
La aventura de Ladislao Bolski, por Victor Cherbuliez.
Honor de artista, por Octavio Feuillet.
Los dos cadáveres, por Federico Soulié.
La cabeza de la bruja, por Guillermo Holiday.
La confesión de Claudio, por Emilio Zola.
Un crimen tenebroso, por Honorato de Balzac.